

HISTORIA

Biblia y traducción (49): Imagen y palabra

Por Juan Gabriel López Guix

La historia de las tres religiones abrahámicas (judaísmo, cristianismo e islam) muestra las tensiones relacionadas con las diferentes formas de representación de la divinidad. De las tres, la menos tolerante con la utilización de lo figurativo ha sido el islam, que considera la creación de imágenes como un acto de soberbia que pretende emular la creación divina. El judaísmo, por su parte, evolucionó a lo largo de los siglos desde el iconismo politeísta hasta el aniconismo del monoteísmo estricto que se impuso a partir de los siglos VII-VI a. e. c. En el cristianismo, en cambio, la creencia en un Dios hecho hombre facilitó desde el principio el antropomorfismo y el uso de imágenes, aunque también en su seno se produjeron arrebatos iconoclastas, como ocurrió en Bizancio (siglos VIII-IX) y con la fuerte reacción contra el culto a las imágenes del protestantismo, sobre todo, del calvinismo.

Una tensión similar puede detectarse en estas tres religiones con respecto a esa clase de representación de la palabra divina que es la traducción. El islam equipara el intento de traducir su texto revelado con el intento de realizar una imagen de la Palabra y lo somete a la prohibición general en contra de los ídolos. El único Corán auténtico es el árabe, la lengua sagrada: «Este Corán no puede haberlo inventado nadie fuera de Dios», se afirma en 10:37. La traducción sólo puede suponer una degradación de un original inimitable y perfecto, y por lo tanto se convierte en blasfemia. La contradicción entre la pretensión de universalidad del mensaje religioso y la restricción impuesta por la lengua se resuelve otorgando a la traducción una posición subsidiaria y ancilar, de «explicación», «comentario» o «versión», y exigiendo que el árabe sea la lengua del culto, la teología y la legislación.

Como en el islam, la consideración por parte del judaísmo del hebreo como lengua sagrada —la lengua originaria y perdida tras Babel— ha comportado una relación conflictiva con la traducción. Durante un breve período se admitió la traducción al griego, y ello llevó a un enfoque literalista que buscaba crear una lengua litúrgica y alcanzar la trascendencia violentando la lengua de llegada. La primera de tales versiones, la Septuaginta (siglo III a. e. c.), que fue la primera de un libro sagrado (la Torá) en el mundo occidental, llegó a considerarse inspirada. Sin embargo, apenas siglo y medio más tarde, el traductor griego del Eclesiástico (siglo II a. e. c.) mostraba en su prólogo recelos ante el valor de la palabra traducida («no tienen la misma fuerza las cosas dichas originalmente en hebreo cuando son traducidas a otra lengua»). La utilización de la Septuaginta por el cristianismo aceleró su repudio por parte judía. La traducción, mera sombra, sólo transmitía el sentido literal (uno de los cuatro métodos clásicos de exégesis): «Cuando la Torá se tradujo al griego, los judíos empezaron a probar el gusto del sentido superficial... Y a partir de entonces empezó a relucir la herejía», escribió Moshe Sofer en el siglo XIX. A finales del siglo XX, la importante traducción inglesa de la Jewish Publication Society parecía justificar así su empeño: «[S]ería una pena y un perjuicio para los lectores judíos de la Biblia remitirlos a traducciones únicas o expresamente cristianas para el conocimiento de la escritura hebrea».

De las tres religiones, el cristianismo es el que presenta, aunque con algunas oscilaciones, una posición más abierta a la traducción. De hecho, la traducción se encuentra en sus mismos orígenes, pues fue la Septuaginta el texto con el que establecieron su diálogo los autores del Nuevo Testamento. A continuación, la Biblia se difundió en diferentes versiones latinas por el Imperio romano y se tradujo a culturas cuyos alfabetos y literaturas nacieron con esas traducciones. Una de las versiones latinas, encargada a Jerónimo de Estridón tras la transformación del cristianismo en religión de Estado (finales del siglo IV), adquirió mil años más tarde la categoría oficial de original inspirado como consecuencia de las disensiones religiosas que estallaron entre católicos y protestantes. Por parte católica, el cierre interpretativo tuvo como correlato durante varios siglos un cierre traductivo (como en el caso de la Septuaginta, el repliegue sobre una ortodoxia llevó al abandono de la traducción). La Reforma, por su parte, incorporó estructuralmente el impulso traductor, retomando el espíritu de los primeros tiempos cristianos.

Resulta curioso indagar en las relaciones que pueden establecerse en el seno de esas tres religiones entre el valor acordado a la palabra y el valor acordado a la imagen. Cabe observar, en las dos más anicónicas, islamismo y judaísmo, la «iconización» de la letra por medio de la caligrafía y la sacralización de la escritura (hasta el punto de que el judaísmo considere que los rollos con los textos son ellos mismos sagrados, que «manchan las manos»); y, en el cristianismo, lo que podría parecer una carrera por traducir la Palabra al mayor número de lenguas antes de que se extingan. Según los datos de las Sociedades Bíblicas Unidas (2010), la Biblia cristiana está disponible total o parcialmente en unas 2500 de las 6500 lenguas existentes: unas quinientas disponen de la Biblia completa, algo más de mil cuentan con el Nuevo Testamento y menos de un millar tienen traducidas porciones bíblicas.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)